

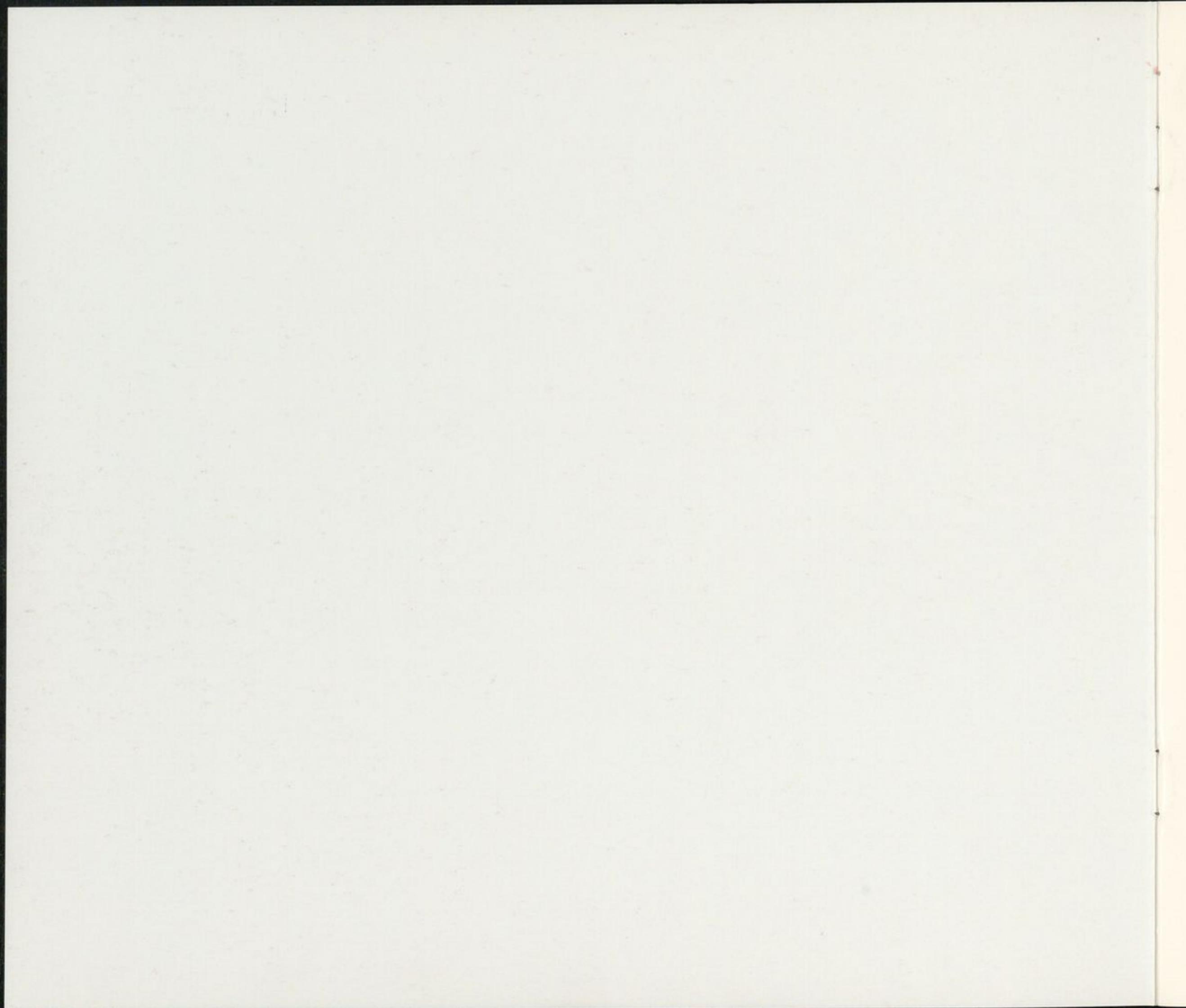


Pregón
Semana Santa
Valladolid 2001

C.141

13

Por D. Roberto Domínguez Díaz



ARCHIVO MUNICIPAL
BIBLIOTECA

Pregón Semana Santa Valladolid 2001

Por Roberto Domínguez Díaz

Biblioteca del Archivo



1293283
C.141-13

R. 12136

ARCHIVO MUNICIPAL
BIBLIOTECA

Progrèn Semana Santa
Valladolid 2001

Por Roberto Dominguez Diaz

Edita: Excmo. Ayuntamiento de Valladolid y Junta de Cofradías de Semana Santa
Fotografías: José María Pérez Concellón
Compone e Imprime: Imprenta Municipal
Depósito Legal: VA-285/2001

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo, Ilustrísimo Señor Alcalde, Excelentísimas e Ilustrísimas autoridades, Señor Presidente de la Junta de Cofradías de Semana Santa y miembros de las distintas Cofradías vallisoletanas;

Señoras, Señores:

Desde que nuestro Alcalde me transmitiera la invitación de la Junta de Cofradías y la suya propia, para ocupar esta imponente tribuna, desde donde he de anunciar en voz alta el inicio de la Semana Santa vallisoletana, fue necesario y obligatorio descubrir, mediante la abundante bibliografía existente, la extraordinaria importancia del sentimiento religioso de nuestra ciudad. Sentimiento hecho arte y cultura.

Y me ha sido necesario, obligatorio y gratificante, descubrir paso a paso las pequeñas obras literarias, en prosa y verso, que algu-

nos filósofos, poetas, historiadores, prelados, científicos o políticos hicieran de su pregón.

Naturalmente, como a muchos de mis antecesores en estas pregonerías, la labor se me hacía comprometida y difícil. Hablar de la Semana Santa en el corazón de la Castilla vieja y labradora es, como nos advirtiera el profesor Alarcos, "un terreno en el que apenas se descubren parcelas fértiles sin rotular, ni posibilidad de cavar en los baldíos en busca de maravillas soterradas".

A pesar de ello, sabiendo donde estoy y a que he venido, me encuentro feliz, porque el día de hoy enriquece mi vida.

Ser de Valladolid, fuera de ella, tiene mucha importancia, más aún cuando en lejanos países tienes que ejercer una profesión popular en constante comunicación con el pueblo que te advierte, que los vallisoletanos que llegaron a sus oídos tuvieron tanta transcendencia, como aquel rey, o aquellos poetas, escritores, políticos, artistas y demás personalidades que hicieron nuestra historia habiendo nacido en Valladolid.

Y aunque lo lógico sería empequeñecerse, aún más de lo que realmente es uno, ante nuestros paisanos más ilustres, un servidor asume con orgullo que sea precisamente ese paisanaje, mi vallisoletanía, la razón principal por la que haya sido distinguido con el honor que supone pregonar la Semana Santa de Valladolid desde su Catedral.

Me es grato y familiar hablar de la Semana Santa de mi ciudad. Recuerdos de infancia vividos en la calle de Panaderos; desde donde con mi silla de madera auestas, hacía mi particular e infantil vía crucis, para coger sitio en primera fila en la calle Duque de la

Victoria, y poder observar desde allí la gran procesión del Viernes Santo.

De niño vivía con ansiedad estos días. En mi casa estaba muy marcada la sencilla y sentida celebración de la Pasión de Cristo.

El Domingo de Ramos era la alegría. Nuestro Domingo. El Domingo de los niños. Nuestra mejor ropa, siempre estrenando algo, para ir con palmas a recibir a Jesús que entraba en la ciudad. "Domingo de Ramos: el que no estrena no tiene manos".

Dada la climatología adversa frecuente por estas fechas mi mente infantil se inquietaba, no por la posible suspensión de los Actos o Celebraciones; ajeno por aquel entonces a que nuestro Paso el de Jesús y la Borriquilla era el más curioso, ingenuo y delicado, y que el cartón y lino con el que estaba confeccionado no podía ser vapuleado por las inclemencias del tiempo de nuestra ciudad; a mí lo que me importaba era no poder estrenar; y con lluvia no había estreno.

– Mamá: ¿y si llueve el Domingo?

– Pues lo estrenas el Jueves.

– ¿Qué Jueves mamá, Si el Jueves Santo estamos todos tristes?

– No hijo, si llueve el Domingo lo estrenas el día del Corpus que también es jueves.

– ¿Y si llueve el día del Corpus?

... y mi madre siempre terminaba con su cantinela tranquilizadora: "Hay tres jueves en el año que relucen más que el sol: Jueves Santo, Corpus Cristi y el día de la Ascensión."

Los días posteriores los recuerdos en un entorno de recogimiento, de silencio. No podíamos alborotar, aumentaba el respeto a los mayores. Ni la radio sonaba, entre otras cosas porque por aquellas fechas las emisoras de radio decían poco y estaban de luto. No había canciones, sólo música triste.

Hechos como el de ir a recoger el agua bendita a nuestra parroquia de San Andrés, para que mi madre salpicara las paredes de nuestra habitación; o la visión lúgubre de ver tapadas las imágenes de nuestros retablos con aquellas sábanas moradas, marcaron al niño para darse cuenta de que lo que se recordaba entonces era la muerte de Cristo.

Ya en la procesión las miradas de los cofrades, a cara descubierta o bajo el capuchón, me impactaron; y algún penitente, con alardes de fuerza arrastrando pesados maderos, patetizaba aún más mi visión infantil de aquellas celebraciones.

¡Aquel silencio! Aquellas miradas, hachones guiñados por el viento, aquel frío por fuera y por dentro...

Días de recogimiento pero esperanzados, porque a esta muerte siempre le seguía la Resurrección.

El domingo, el de Resurrección, era otra vez la luz; el empezar de nuevo con la primavera activa. Y el lunes... al colegio.

Algunos años más tarde, desde el Instituto Zorrilla, me desviaba en mi regreso a casa para escuchar de cerca las trompetas y tambores, que las distintas bandas que acompañan a las Cofradías, templaban en los días previos a la Semana Santa.

De la celebración estrictamente familiar pasé a ver como Valladolid se preparaba, siempre seria y recogida, para la llegada de la Pasión.

Cuando terminé mis estudios en el Instituto Zorrilla, ya tenía en la cabeza la fiebre del toreo, naturalmente, eso cambió mis costumbres que me alejaron, aunque solo fuera físicamente, de mi Semana Santa.

La razón era bien sencilla: los días que enmarcan estas celebraciones, Domingo de Ramos y de Resurrección eran y son las fechas más tradicionales en las que se inicia oficialmente la temporada taurina española y sin quererlo y notarlo, cambié la pasión de espectador en las celebraciones religiosas, por mi pasión taurina, vivida y sufrida en estas fechas con mucha intensidad.

De observar las preparaciones de las bandas y cofradías, pasé a ser protagonista de unos férreos entrenamientos que el torero vive con especial intensidad en estas fechas, en las que, como dije antes, se inicia la temporada. Y en las que especialmente el torero que quiere ser, debe estar preparado a fondo y para lo que haga falta.

Para lo que hiciera falta... y año tras año en las fechas en que mi ciudad vivía su Semana Santa, yo vivía mi particular pasión.

Transcurrió el tiempo y se fue acentuando ese alejamiento físico al mismo tiempo que iba aumentando mi sentimiento.

Tras veinticinco años de idas y venidas volvía a casa. Y ya en el retiro, un día recibí la invitación de una de nuestras cofradías para venir a esta Catedral.

Esta es la razón, por la que este mismo lugar que ahora ocupo, no me es incómodo ni extraño. De aquel día guardo uno de mis mejores recuerdos y los mejores recuerdos son para evocarlos.

Permítanme pues, que para corroborar mi particular pasión vivida en la lejanía pero cercana en el sentimiento, recuerde aquel día en el que la Cofradía Penitencial de la Sagrada Cena, me brindó esta misma tribuna para hablar con Dios:

"Tal vez, Señor, hoy no sea capaz de decirte lo que quisiera. Me cuesta más hablar contigo porque lo hago en voz alta, y la necesidad de expresar con palabras mis sentimientos, dificulta y entorpece nuestra conversación. Pero estoy tranquilo, pues cuando te hablo con el corazón, como a tí te gusta, acierte o no con la palabra, tu me entiendes".

¡Cuántas veces te implorado Señor!, ¡Cuántas veces! En ese loco trajín de vida que voluntariamente escogí, a diario te he invocado: ahora, para pedirte presencia de animo; luego, para explicar una actitud; más tarde, para preguntar el porque; después, para pedirte perdón y siempre, Señor, siempre, para darte gracias.

Es conocida de todos la fe que profesamos por regla general los toreros, pero quizá no sea tan conocida la razón principal de esa fe.

Algunos pensarán que sólo te pedimos inmunidad ante los peligros que conlleva nuestra actividad. Pero el miedo a la cornada, esa herida por donde se puede escapar la vida y por donde se pierden muchas ilusiones y anhelos, no es la base de nuestra fe. En esta profesión, como en todas, hay que ser consecuente y aceptarla como es; en este caso, con su grandeza y tragedia. Por ello, solamente Tú y yo sabemos que nunca te pedí que me eximieras de la posibilidad del dolor, inherente a mi vida profesional y que asumí orgulloso. Tú y yo sabemos que lo que he necesitado siempre en los momentos de peligro ha sido tu presencia, tu compañía. Y así me concedías, pues cuando estuve derribado entre astas, sorteando golpes de muerte Tú estabas allí conmigo y nunca me sentí sólo.

¡Sentirse sólo, Señor! Es en esta actitud en la que podemos encontrar un mucho del fundamento de nuestra fe. Los toreros sabemos de soledades y es obsesiva para mí la tremenda soledad que tuviste en la cruz.

Por ello ha sido muy necesario que durante los interminables kilómetros que debía recorrer a diario para acudir a la cita; en la angustia de mi habitación en las horas de espera; en la insufrible impotencia de aquel momento o ante la incompreensión de tanta gente que me rodeaba, ha sido necesario, repito, pensar que Tú estabas también allí para hacerme compañía, y eso me ayudó mucho.

Quisiera expresar la confianza que me da el saber que estás aquí con nosotros, para que el hombre no esté tan sólo como estuviste Tú, para que acompañes a la humanidad en los peligros que se suceden sin tregua. Para que este mundo no sea un inmenso gólgota.

Desgraciadamente el dolor más fácil de soportar para el hombre es el de los demás. Sin embargo, Tú sabes que me aturde el sufrimiento de los sectores más oprimidos, que me preocupa el mundo que dejaremos a nuestros hijos y que amparándome en tu bondad infinita me he atrevido a preguntarte una y otra vez por qué permites el dolor del inocente. Pero bien sabes, Jesús, que sigo esforzándome por entender los conceptos que aprendí de niño y que tus discípulos nos recuerdan a diario, pues estoy convencido de que esta es una forma de acercarme a ti, y corresponder aunque sea de ínfima manera, al bienestar que supone, sentir tu compañía en los momentos más difíciles.

¿Pero qué hago yo para merecer tu compañía? Ya sabes Señor, que siempre que me hago esta pregunta empiezan mis problemas: me reprocho, me avergüenzo, me arrepiento, y doy paso, a un sin fin de verbos que delatan mi pobre comportamiento. Entonces aparecen las dudas y te pido que me ilumines para entenderte, ¡iluso de mí! también como Tú me entiendes ahora. Pero siguen las dudas y entonces te prometo que voy a comportarme mejor. Y pienso que ya no me vas a creer, pues siempre te prometo lo mismo. Y termino por comprobar una vez más, que hago muy poco para merecer tu compañía.

Por eso quiero recomendar, por si alguien lo quiere oír, lo que ha sido tan importante en mi vida: buscar tu presencia, tu com-

pañía. Y que no pidan, como los malos toreros, que no son consecuentes con su profesión, que les hagan inmunes a las heridas, que les alejes del sufrimiento.

¿Cómo un hombre puede atreverse a pedir un privilegio que ni Tú mismo tuviste? ¿Es qué podemos olvidarnos de lo que soportaste en la Cruz? ¿O acaso es que no te hace sufrir diariamente el hombre con su comportamiento?

A pesar de la desmesurada diferencia que existe entre Tú y tus siervos, permíteme Señor, que con el orgullo y la seguridad que supone sentirse amado por ti, te pida humildemente lo mismo que Tú le pediste al Padre ¡Señor, no me abandones!

El vocabulario taurino trasciende al hablar popular, utilizándose sus modismos en conversaciones de diversas índoles y de la misma forma, podemos encontrar que muchas acepciones propias de la Pasión, están presentes en nuestras conversaciones taurinas:

"Porque aquel toro me trajo por la calle de la amargura". "Y con aquella cornada pasé un auténtico calvario". "Pero aquella tarde salí a hombros vistiendo aquel traje nazareno y oro".

Es curioso como el viajero acude a nuestra Semana Santa encontrándose analogías en las formas con las que el aficionado taurino se acerca al torero. Me cuentan algunos cofrades como es mucho el interés por vestir los maravillosos colores de los distintos hábitos. La misma curiosidad e inquietud que siente el aficionado por tener en sus manos el traje de torero, con colores y adornos que se asemejan a aquellos.

Curiosa es también la posible analogía existente entre las herencias gremiales y familiares de algunas cofradías y la continuidad dinástica de algunos toreros.

Las mantillas, que con elegante sobriedad, vi vestir a las mujeres de mi ciudad, el Domingo de Resurrección eran las mismas, que años más tarde, aderezaban los balconillos de alguna plaza de toros...

Otras veces, en el último adiós de algún cofrade, su hábito le sirvió de mortaja; de la misma manera que el capote de paseo, abraza frecuentemente el féretro de los toreros caídos.

Y cuando alguna vez fui aplaudido al torear de capa, los públicos y la crítica valoraron mi posición de frente, con las manos extendidas hacia delante; como aquella mujer, que enjugó el sudor y la sangre de Cristo, en su capote santo. La verónica.

Ritos, liturgias y tradiciones que como castellano y torero tengo a bien distinguir.

Para un servidor es imposible, no basar este pretendido pregon, en las abundantes y magníficas citas que podrían hacerse de lo que en años anteriores ha sido bien dicho en estos actos. Pero ellos, mis antecesores, han hecho historia y dan categoría a nuestra Semana Santa. Y es lógico y necesario apoyarse en la historia.

Particularmente quisiera hablarles de uno de los pilares básicos que han dado carácter al sentimiento religioso castellano: el imponente silencio.

En palabras del primer pregonero de esta Semana Santa "ese silencio con el que Castilla hizo muchas cosas importantes en el mundo, apenas sin palabras. Supeditando el interés al ideal".

Porque los ideales, según Cossío, "solamente enaltecen el espíritu cuando son callados y recogidos". Y he aquí, a mi modo de ver, el primer chispazo de personalidad de los días santos en Valladolid: el silencio.

Lo diverso de la geografía española con su variedad de ritos dan personalidad definida a los pueblos como protagonistas. Y Valladolid alcanzó protagonismo de primacía desde el inicio de estas celebraciones.

Es bien conocida también que unas de las razones de esta importancia fue la existencia en nuestra ciudad de los principales talleres de imaginería a partir del siglo XVI. Y naturalmente los artistas afincados en la villa tuvieron que tomar como modelo de sus esculturas al pueblo castellano. Así cuenta la leyenda, que como saben ustedes es más querida a veces que la propia historia, que Juan de Juni, se inspiró en la agonía de una de sus hijas para modelar el rostro de la Virgen de las Angustias. O como la fiel reproducción de los modelos que algunos imagineros tomaran para tallar el Judas o el mal ladrón, hacía que aquellos hombres no pudieran salir de casa en estos días, por temor a ser reconocidos y que les hicieran culpables del dolor de Cristo, recibiendo insultos y apedreamientos.

El sentimiento recogido y silencioso del castellano, junto con la excelsa categoría de sus imagineros, dan ya una personalidad definitiva que perdura en nuestros días y efectivamente al paso de

nuestras imágenes como: la Quinta Angustia y el Cristo Yacente de Gregorio Fernández, o la citada Nuestra Señora de las Angustias de Juan de Juni, se pueden experimentar estas dos sensaciones, silencio y arte, que todo viajero advierte impactado.

Pero no se puede concebir el silencio y el arte sin sentimiento. Por eso, el silencio adquiere categoría de imponente, cuando en nuestras calles se escucha rezar La Salve.

Silencio, arte, sentimiento: Pasión. ¡Qué familiares me sueñan estas palabras! ¡Cuántas analogías!

Como dije en un principio, es difícil añadir algo nuevo a lo ya dicho durante cincuenta y tres años en estos pregones.

Los más modernos, sólo nos hemos podido limitar a poner acento personal a la magnífica historia magistralmente cantada e interpretada por nuestros pregoneros más ilustres.

Por esta razón quiero terminar apoyándome en algunas reflexiones que no son mías, y dar así, mi modesto homenaje a todo aquel, que con su ingenio y sabiduría, supo contribuir a que los pregones de la Semana Santa vallisoletana, tuvieran una categoría en consonancia con la que alcanzarán los actos procesionales en nuestra ciudad, desde hace siglos.

"La conmemoración de la Pasión de Cristo, posiblemente exija este ambiente áspero, sobrio y austero, sin que el castellano pueda penetrar en su significación. Porque el ambiente lo da el paisaje y el clima. Quizá por ello nuestras procesiones tengan un sentido religioso que posiblemente no tengan ninguna otra. Nuestra emo-

ción popular no se traduce en gritos, ni cantos ni bullicios. La ciudad entera es un templo".

¡Qué bien explica don Francisco de Cossío la frialdad criticada de nuestras procesiones, en comparación con otras!

A mi entender, la representación de la muerte de Cristo no debe ser nunca objeto de jolgorio.

La muerte sacude las conciencias. El pueblo está tan dormido en sus conciencias que triste y cruelmente pide muertes para despertar. Por eso nunca compartí el aplauso al torero cogido... y por eso no hay aplausos en nuestras procesiones.

Deseo que la muerte de Cristo en este año, sacuda nuestra conciencia y además de espectador de un magnífico auto sacramental, como muy bien nos recordara Francisco Javier Martín Abril, nos haga ser protagonistas de alguna acción en nuestra vida, por la que nos sintamos orgullosos y podamos regresar el año que viene a Valladolid a mirar, cara a cara a, nuestro Cristo Yacente.

Iba a decir que ponía fin a este pregón atípico cuando me acordé de haber leído a nuestro querido Félix Antonio, eso de: "cuando alguien no sabe de que va la cosa, lo etiqueta de atípico".

Entonces, mi pregón no quiere ser atípico. Pues un servidor sabe de que va, aunque también sabía su limitación. Por eso, para poner fin, utilizaré rasgos de pregón, ¡y hasta en verso! Aunque los versos no sean míos y su autor Rafael Duyos, no naciera en Valladolid.

*"¡Pregonar! ¿Qué es pregonar?
Pregona el que cuenta algo que ha ocurrido,
pregona el que anuncia lo que va a pasar,
pregona el que pide por los que sufren
una tormenta, un terremoto
que abate una ciudad.
Y pregona el que quiere vender algo;
su equipaje de ideas,
su cosecha frutal...
El pregonero
debe la voz alzar
para que le escuche el pueblo y las gentes que lejanas están
pero que oyendo la llamada toman
la senda que hasta aquí les traerá..."*

*¿Quién quiere hablar con Cristo y con su madre
lo mismo que ellos nos están hablando?
No, no pregono rosas
ni carteles de toros bravos...*

*No pregono para vender.
Lo que pregono lo regalo.
No tiene precio. A todo
el que lo pida se lo damos.
¿Quién quiere el Evangelio puesto en pie
sin mistificaciones,
paso a paso...?*



